

Alcanzar el mito en la UNAM

Jacobo Zabłudovsky

En días recientes le fue entregada al periodista y comunicador Jacobo Zabłudovsky la Medalla al Mérito Fundación UNAM por su contribución al periodismo y a la difusión de la cultura de nuestra máxima Casa de Estudios. Presentamos a continuación el discurso de recepción de dicha distinción, así como unas letras de saludo a cargo de la pluma siempre aguda del escritor Adolfo Castañón.

A la generosa entrega de la Medalla al Mérito Fundación UNAM 2005 se agrega el simbolismo del sitio donde tiene lugar esta ceremonia. En 1867 cuando el cadáver de Maximiliano aún permanecía en el secadero de San Andrés, cuando los abrumadores problemas de la restauración de la República aumentaban los agobios de Benito Juárez, el gran presidente encauzó sus afanes a la educación popular, a una nueva idea que rigiera todo el sistema y emitió la Ley Orgánica de la Instrucción Pública en el Distrito Federal que creó la Escuela Nacional Preparatoria y la Biblioteca Nacional, ambas bajo la custodia de nuestra Universidad. Nacía la educación superior dentro de la corriente del positivismo en búsqueda de una explicación científica de los fenómenos de la vida y del pensamiento. Para la Escuela Nacional Preparatoria se escogió, entre muchos posibles recintos, éste cuyas dimensiones todavía impresionan. Detrás de sus muros de cantera y tezontle albergaba ya la tradición cultural de San Ildefonso, seminario de la compañía de Jesús. Felipe III ordena su construcción en 1618 pero es hasta 1867 que la visión de Juárez lo nutre con un programa de estudios adecuado al país que los mexicanos habían decidido tener. Estamos en

el patio de pasantes, uno de los tres que encierra esta casa varias veces centenaria.

Yo entré a la Universidad por una de las dos puertas que se abren hacia la calle de San Ildefonso, la del patio chico. Nunca en mi vida sentí tanto frío como el día en que crucé la frontera intangible de La Merced para entrar al barrio universitario. Me incorporaba al mito, se hacía real una obsesión, dejaba de ser escolar y alcanzaba el grado de estudiante y la ingenua novatada que consistía en dejarnos pelones me pareció un motivo de orgullo, ya estaba yo dentro. Ahora me doy cuenta que no era frío sino temor lo que sufrí aquella mañana.

La Escuela Nacional Preparatoria era el centro del barrio, un crisol para distribuir a los estudiantes según sus distintas vocaciones que les daban al mismo tiempo a todos un fundamento humanístico y algunas materias especiales según el destino profesional. Del bachillerato de Ciencias Biológicas egresaban los futuros médicos, odontólogos o veterinarios y creo que también los químicos. Del de Humanidades salíamos hacia la Escuela Nacional de Jurisprudencia o a la de Filosofía y Letras. Del de Ciencias Físico Matemáticas los deseosos de estudiar Ingeniería o Arquitectura. Pero en los

patios y corredores todos coincidíamos, conversábamos, buscábamos nuestras aulas o laboratorios. La adaptación a la nueva escuela fue inmediata gracias sobre todo a la calidad de los maestros. Cómo olvidar a don Erasmo Castellanos Quinto que bajaba su bombín hasta sus barbas. De la mano nos llevó a los senderos de La Mancha para entender la locura de un caballero empeñado en un mundo mejor. Julio Torri dejaba su bicicleta a cargo del implacable portero don Trini y luego con su voz casi inaudible nos hablaba de Manuel Payno o de Honorato de Balzac para hacernos entender que la comedia humana es la misma aunque haya un océano de por medio. Con Eduardo García Máynez supimos que el valor de una conducta no está en su consecuencia sino en su intención. Manuel Sánchez Gavito y Joaquín Ramírez Cabañas nos hablaron de los aspectos ignorados de la historia de México. Los magníficos maestros nos elevan a la altura de su propio nivel con la paciencia de los sabios. En torno a la Preparatoria se erigía una pequeña ciudad llena de estudiantes y profesores y se localizaban las escuelas con mayor número de alumnos: enfrente la de Jurisprudencia, al sur en Licenciado Verdad, Odontología y Extensión Universitaria, frente a la Plaza de Santo Domingo la escuela de Medicina, en Cuba la de Economía y en Tacuba la de Ingeniería. Casas de huéspedes, cafés de chinos, cervecerías, fondas, billares y bibliotecas, lugares indispensables que fungían como una prolongación de las viviendas donde la mesa era ocupada por horas: la del desayuno, la de hacer la comida, la de comer, la de planchar y la de cenar. Y a la biblioteca se iba a disponer de esa otra mesa para hacer tareas, para leer, para estudiar en calma. La Escuela Nacional estaba en el viejo convento de San Agustín, la de Educación en la esquina con Argentina, la de Antropología en la calle de Moneda, la de Hacienda en el patio de la Emperatriz dentro del Palacio Nacional. Y las librerías de Robredo y Porrúa y las de libros viejos o usados en las calles de Guatemala y Donceles. Los teatros a los que entrábamos gratis dos veces por semana con la sola presentación de nuestra credencial de alumnos universitarios eran el Virginia Fábregas, el Arbeu, el Iris, el Ideal y los cines, el Goya, por supuesto, el Mundial, el América, el Rialto, el Cinelandia, el Colonial, el Cairo, el Alcázar, el Máximo. Y hablando de cines, en esta calle de San Ildefonso, el muchacho estudiante de Leyes encontró a la preparatoriana de tobilleras y empezaron el primer rollo de su película para una matinée que este año exhibe su episodio número cincuenta y dos. Pero no quiero que la nostalgia me aleje de lo que me propongo decir esta noche.

Señoras y señores: esta semana se cumplen sesenta y tres años de mi ingreso a la Universidad Nacional Autónoma de México. No sabía yo a los catorce años y



medio de edad que entraba a la Universidad para siempre y para quedarme. Soy un producto de ese esfuerzo venturoso de integración nacional que constituye la educación pública, gratuita y obligatoria basada en la Ley Orgánica de Instrucción Pública del 2 de diciembre de 1867. El primer director de la Preparatoria, Gabino Barreda, organizó los planes de estudios sin mencionar la palabra laica. Pero la educación que desde entonces recibimos millones de mexicanos lo fue y lo sigue siendo: pública, gratuita, obligatoria y laica porque las cátedras se inspiraron en el positivismo de Augusto Comte, decisivo en la época y en investigaciones y hallazgos científicos que dejaban atrás las explicaciones teológicas, milagrosas o metafísicas. En la Universidad se enseñaba a razonar y a basar en la claridad del pensamiento la capacidad de aprender; de saber.

Pero esta noche quiero hablar en especial de la instrucción pública y gratuita. ¿Por qué aquí y por qué yo? Porque en esta casa se fundó esa nueva forma de educar y porque yo soy un producto de ella.



Antiguo Colegio de San Ildefonso

Estudí los seis años de primaria en la Escuela República del Perú los tres de secundaria en la Secundaria uno. Durante esos nueve años de ir y venir todos los días no tuve que cruzar una calle porque ambas escuelas estaban, están, en la misma manzana de las dos o tres vecindades en las que por aquella época viví. Fueron escuelas gratuitas y en la primaria se incluían los libros que alguien había usado antes y que al final del año debíamos devolver para ponerlos en manos de otros herederos de la curiosidad y de las carencias. La secundaria nos daba sin costo los materiales de los talleres de encuadernación, de carpintería, de electricidad, de dibujo y de los laboratorios de física, química y biología. Llegué a la Universidad, también gratuita, a menos que se considere como colegiatura justa los doscientos pesos que incluían cada año el costo de diez libros de la Biblioteca del Estudiante Universitario. Preparatoria y Facultad costaban lo mismo, con una especial opción para estudiantes sin recursos: se otorgaba un crédito indefinido de los doscientos pesos. Fue días antes de recibirme cuando me enteré de que sólo había sido un aplazamiento: aparecieron mis adeudos y sin el cargo de intereses cumplí con el pago, la condición para mi examen profesional.

Hay asignaturas que no aparecen en ningún plan de estudios de nuestra Universidad y que sin embargo son aprendidas gracias a ella. Una, tal vez fundamental,

es la toma de conciencia de la obligación de participar en los fenómenos sociales y en los conflictos que involucran a los mexicanos en la búsqueda de caminos nuevos. La Universidad nos enseñó a salir a las calles para construir barricadas y derribar muros. En una foto de la recientemente publicada *Historia de los 450 años de la Facultad de Derecho* me encuentro entre preparatorianos que damos la cara a un fotógrafo ubicado detrás del rector Rodolfo Brito Foucher quien arenga desde el techo de un automóvil. Poco después de los acontecimientos de la fotografía Brito renunciaba. Su rectoría no sobrevivió al asesinato de un estudiante de Veterinaria durante un alboroto en el que también estuve. La caída del rector dio origen a una nueva estructura, la que hasta hoy es base de instituciones internas de autogobierno de la Universidad. Presenció el intento, fallido porque no lo lograron, de humillar al rector Salvador Zubirán y lo acompañé esa noche hasta su casa en la colonia Cuauhtémoc. Fui testigo del atentado bestial contra el rector Ignacio Chávez y participé en 1968 en el movimiento de origen estudiantil. Los estudiantes lo iniciaron y los estudiantes sufrieron las peores consecuencias. Observé la manifestación encabezada por el rector Javier Barros Sierra y conservo un documento que tiene doble valor. El valor de ser mi título de Licenciado en Derecho y el de estar firmado por el rector Barros Sierra. Presenció las manifestaciones clamorosas

y el estremecedor silencio de un desfile de centenares de mudos voluntarios. Estuve en Ciudad Universitaria la noche aquella en que el ejército entró con sus tanques y llegué a esta escuela cuando el obús de una bazuca destruía la puerta para mí más valiosa que la del baptisterio de Florencia. Mi puerta. Presencí también la matanza de Tlatelolco y tuve la conciencia de que nada fue inútil porque sin esa tragedia no se entendería el México actual, ansioso de perfección democrática y de justicia social.

Hace apenas siete años la Universidad Nacional sufrió otra agresión protegida por la indiferencia oficial. Un grupo de vándalos la secuestró durante diez meses y sus enemigos acariciaron el sueño de una clausura. El rector Juan Ramón de la Fuente unificó a las mejores fuerzas de la cultura mexicana, convocó a los dispersos o desalentados y renovó el viejo espíritu universitario. Hoy, seis años después, el rector puede sentirse satisfecho. Satisfecho porque en este lapso, entre centenares de premios y reconocimientos para la Universidad o sus egresados, nuestra institución fue ubicada entre las cien mejores universidades del mundo, de entre nueve mil que fueron analizadas por el periódico inglés *The Times*. Esta evaluación anual señala que la UNAM es por segundo año consecutivo la mejor universidad de Iberoamérica y que ocupa el sitio mundial número veinte en el campo de las Artes y las Humanidades y el noventa y tres en Ciencias. La actual Universidad ha iniciado una evaluación en la calidad de su educación para que sus doscientos ochenta mil estudiantes, número creciente, no deposite el peso de la cantidad sobre la calidad, riesgo que siempre está presente. El criterio para la admisión debe concentrarse en la capacidad de quienes solicitan ingreso a la máxima Casa de Estudios nunca su posibilidad económica. Al mismo tiempo la Universidad tiende a ser cada vez más estricta en el nivel académico. Hace tres o cuatro generaciones, México hizo un gran esfuerzo para abatir el analfabetismo. Hoy el énfasis debe ser en una mayor solidez de la educación superior.

Entré a la Facultad de Derecho en 1945. Me recibí veintidós años más tarde, después de zurcir los retazos

incompletos de una carrera que fui dejando por menesteres más apremiantes. Volví a la rutina de las aulas mientras en otra escuela, la de Ciencias Políticas y Sociales, impartía en el cuarto año las clases de Técnicas de la Información. Soy universitario desde hace sesenta y tres años. En esta patria cultural de la patria y sólo aquí puede darse un Miguel León-Portilla que traduce del náhuatl la visión de los vencidos para divulgar otra historia, porque hay otra. Sólo en el marco de una Universidad como la nuestra pueden estar becados casi ciento cincuenta jóvenes de etnias como la amuzgar, chatina, chinanteca, huichol, maya, mazateca, otomí, trique y zapoteca.

En este país nuestros relojes fijan la hora de acuerdo con una institución universitaria que es el Observatorio Astronómico. La Hemeroteca Nacional está bajo la custodia de la UNAM y su rico acervo está siendo digitalizado. Es dueña de un barco de investigaciones oceanográficas y es vigía de las erupciones del Popocatepetl. En sus casi seis mil hectáreas y dos millones de metros cuadrados construidos, cada día doscientos ochenta mil alumnos escuchan a treinta mil profesores. Uno de cada dos doctorados en México ha sido otorgado por la UNAM. Ésta genera el cincuenta por ciento de la investigación científica del país y sus nuevas licenciaturas muestran su actualización y su visión al futuro: ingeniería mecatrónica, ciencias genómicas, ingeniería geomática, además de los trabajos constantes que se llevan a cabo para descubrir el proceso de la percepción humana. Hay una nueva carrera de ciencias ambientales y un programa único de especializaciones en economía con cinco áreas. No acabaríamos esta noche si enumeráramos las inquietudes científicas que responden a las demandas de jóvenes ávidos de estar al día y de conocer los descubrimientos y las invenciones. La UNAM descubrió el gen y la molécula que causan daño al riñón y las propiedades curativas que para estas enfermedades tienen las plantas medicinales usadas por los mexicanos antiguos. Se estableció la semana pasada la investigación institucional para prevenir adicciones.

Con todo, la imagen de la Universidad no se ha re- puesto. Los agravios que ha sufrido han sido muchos

Yo entré a la Universidad por una de las dos puertas de San Ildefonso. Me incorporaba al mito, se hacía real una obsesión, dejaba de ser escolar y alcanzaba el grado de estudiante.



Entrada. Escuela Nacional de Jurisprudencia



Esquina de Argentina y San Ildefonso. Escuela Nacional de Jurisprudencia

como para aliviarlos en tan poco tiempo. Pero vamos en el camino para lograr que refleje hacia afuera la confianza que tiene en sí misma. Nunca como hoy los universitarios podemos sentirnos tan orgullosos de nuestra casa. Nunca como hoy tantos universitarios han acudido a la convocatoria para darle a México el futuro que deseamos para que en él vivan, piensen y se eduquen la actual y las futuras generaciones.

Sin la educación pública gratuita yo no estaría esta noche aquí. Tal vez sería un empleado de *valet parking*, limpiaría parabrisas o lavaría coches a la puerta de una de las nuevas universidades donde cada estudiante paga hasta cien mil pesos al año para asistir a dos horas de clase a la semana. Sin la escuela pública y gratuita quizás hubiera seguido los pasos de mi padre en el comercio minorista, es decir: la venta al detalle de excedentes dispares de la industria textil, para decirlo con elegancia, pero en pocas palabras, la venta de trapos por kilo en algún mercado. He hablado en primera persona sólo para ejemplificar un caso, pero no un caso aislado, porque México no sería el mismo si varias generaciones de jóvenes, sin posibilidades económicas, hubieran encontrado cerradas las puertas de los planteles de educación elemental, media y superior. México estaría en el peor de los subdesarrollos si a la educación universitaria sólo tuvieran acceso quienes tienen dinero. La educación

pública gratuita peligra. Representada y hasta podría decir que encarnada por la UNAM, no parece ser del gusto de las corrientes políticas y económicas dentro del juego de las fuerzas actuales de la sociedad mexicana. Cada día son más los egresados de escuelas privadas que ocupan cargos públicos. El actual jefe del Poder Ejecutivo es muestra y ejemplo de ese acceso al parecer inevitable.

La UNAM lucha con la insuficiencia de recursos. Fundación UNAM otorga casi diez mil becas a los estudiantes que comprueban su aplicación y carencia de medios económicos y aun así continúan y terminan sus carreras. La actividad universitaria se enfrenta a la apatía oficial y, sin embargo, crece todos los días y cada vez más asombra su fortaleza como baluarte de las mejores tradiciones y valores de nuestra historia.

Con frecuencia se llama *Alma Mater* a la Universidad Autónoma de México. Es más recomendable llamarla así de acuerdo con las enseñanzas del maestro García Pérez en mi clase de etimologías porque decía que *Alma* es femenino en latín. La *Alma Mater* significa literalmente “madre nutricia” y se alude así a la función proveedora de alimento intelectual que ofrece la Universidad. En mi caso no puede estar mejor empleada esta locución. He vivido asido a sus faldas, a su sombra, a su luz.